

La suspensión como mecanismo de creación semiótica.

Rivière, Angel y Español, Silvia.

Cita:

Rivière, Angel y Español, Silvia (2003). *La suspensión como mecanismo de creación semiótica*. *Estudios de Psicología*, 24 (3), 261-275.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/silvia.espanol/116>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pH0V/yMz>

La suspensión como mecanismo de creación semiótica

ÁNGEL RIVIÈRE Y SILVIA ESPAÑOL¹

Universidad Autónoma de Madrid



Resumen

El desarrollo de los modos de significar humano ha sido una de las preocupaciones recurrentes de Ángel Rivière. En la década del 90, una especie de cristalización de ideas que venía desarrollando en diferentes áreas dio lugar a la elaboración de su teoría semiótica-evolutiva centrada en la idea de "suspensión semiótica". En este texto, que se estaba escribiendo a principios del año 2000, se presenta el mecanismo de suspensión en toda su extensión: describiendo detalladamente su peculiar naturaleza y fuerza semiótica; resaltando el contraste entre la diversidad de modos de significar que la suspensión logra abarcar y la simpleza del mecanismo en sí mismo; enlazando la suspensión semiótica con la génesis de la comunicación, tanto en la filogénesis como en la ontogénesis, así como con el desarrollo de los estados de intersubjetividad. El texto proyecta un análisis evolutivo, punto a punto, de los procesos humanos de suspensión semiótica, del cual se presentan sólo los dos iniciales.

Palabras clave: Semiosis, significado, comunicación preverbal, intersubjetividad, ontogénesis, filogénesis, expresiones emocionales, gestos, símbolo, metáfora.

Suspension as a semiotic creation mechanism

Abstract

The development of human ways of producing meaning was a recurrent concern in Angel Rivière's intellectual production. In the 90's, a crystallization of ideas on which he had been working in different realms gave way to the elaboration of his semiotic-developmental theory centred on the idea of "semiotic suspension". This paper, that was being written in the early months of 2000, describes the suspension mechanism at length and 1) provides a detailed description of its particular nature and semiotic strength, 2) emphasizes the contrast between the simplicity of the mechanism itself and the range of types of meaning that the suspension spans, 3) links semiotic suspension to the genesis of communication both in phylogenesis and ontogenesis, as well as its role in the development of intersubjectivity. Although only the first two are included here, the paper offers a detailed developmental analysis of human semiotic suspension processes.

Keywords: Semiosis, meaning, preverbal communication, intersubjectivity, ontogenesis, phylogenesis, emotional expression, gestures, symbol, metaphor.

Rarezas y paradojas de la semiótica

¿Qué relación tienen cosas tales como la expresión amenazante del perro cuando enseña los dientes, el gesto de pedir de un niño pequeño, el juego de ficción y las metáforas poéticas más elaboradas? La semiótica, con sus raras paradojas, puede reunir en una misma mesa a tan dispares compañeros. Queremos, en este artículo, realizar una breve indagación psicosemiótica. Una exploración que recuerda mucho las sorprendentes soluciones que daba a sus problemas criminales, para delicia de sus lectores, el –paradójicamente– cándido padre Brown, aquel entrañable personaje de Chesterton. De una reunión en que había, por ejemplo, un excéntrico millonario norteamericano, un sabio no tan distraído, el jefe de la policía de París, un cura de apariencia bobalicona, un embajador y su irresistible hija, y un apuesto teniente de la legión extranjera; de una absurda reunión imposible, en que alguien, que no podía haber entrado en la casa de ningún modo, asesinaba a otra persona que resultaba no ser el muerto que todos creían que era, el buen Brown sacaba de la chistera una trama armónica que todo lo explicaba: ¡en realidad, el asesino era el muerto!

Nosotros, con esa afición de los semióticos por descubrir nexos comunes entre sus inferencias abductivas y las de los héroes de las novelas policíacas, nos proponemos reunir también a raros compañeros de mesa y dilucidar una trama en que se reúnen episodios muy dispares en la ontogénesis, la filogénesis y la historia de la cultura: el cachorreo juguetón de los mamíferos que representan que luchan, el gesto de apuntar a un objeto deseado por un niño de doce meses, el trote sobre una escoba (que a su modo es un caballo) del niño de tres años, la metáfora poética de García Lorca cuando dice que “Granada era una luna / ahogada entre las yedras”. Estas y otras muchas acciones peculiares, humanas y animales. El conejo que nosotros tenemos en la chistera, y que define un mecanismo subyacente a estas acciones dispares, no es un malvado asesino, sino un concepto semiótico de gran potencia: la noción de *suspensión*.

El concepto de suspensión semiótica tiene, como trataremos de mostrar en este artículo, una gran fecundidad y ofrece un esquema abarcador de actividades muy diversas que constituyen diferentes modos de *significar*. A pesar de su potencial explicativo, es *en apariencia* decepcionantemente simple. ¡Pero una precaución mínima de esos sabuesos perspicaces, que son los semióticos y los personajes tales como el padre Brown o Sherlock Holmes, es la de no fiarse de la simplicidad aparente de las soluciones a sus problemas! Las paradójicas simplicidades de la semiótica y la criminología de ficción esconden grandes complejidades. Eso mismo sucede con el concepto de suspensión. Pero, en cualquier caso, empecemos por lo simple, por una escueta definición de diccionario: *Suspender es, en el sentido que nosotros lo decimos, “dejar algo sin efecto”*. Hacer que una acción, una representación del mundo o una estructura simbólica dejen de tener los efectos normales que tendrían sobre el mundo real o mental. Suspender es hacer que deje de regir algo: bien los efectos materiales de las acciones, o las propiedades literales del mundo, o el significado aparente de un enunciado o de una representación simbólica.

El perro que enseña los dientes, en realidad *no muerde*, aunque es probable que lo haga. Los cachorros que realizan una pelea lúdica, en realidad *no luchan*. Ni abraza el niño que levanta sus brazos para que le tomen en brazos. Ni toca el objeto el que lo señala para que otro lo mire. Ni atribuye, en la “modalidad de lo real”, la virtud de cabalgar a las escobas el niño que monta en una. Ni pretende García Lorca que creamos literalmente que su ciudad, Granada, era una luna ahogada entre las yedras. Nada más enfrentarnos con ese concepto, paradójicamente simple, de “suspensión”, nos encontramos con una primera idea paradójica, que no nos separa un ápice de la ilustre tradición del cura-detective de Ches-

terton. La paradoja es la siguiente: cuando el perro *no* muerde pero amenaza, el niño *no* toca pero señala, el preescolar *no* cabalga realmente, o el poeta *no* dice –pero dice– que Granada era una luna ahogada, el mecanismo semiótico se desvela precisamente en el hueco que dejan las negaciones. En un espacio etéreo, sombreado por la huella de las acciones que *no* se realizan *efectivamente*: morder, tocar, cabalgar, afirmar literalmente la identidad entre Granada y la luna.

Es en ese vacío, en la *ausencia* de efectos primeros, materiales o semióticos (efectos tales como tocar, hacer daño con los dientes o hacer creer literalmente que la ciudad andaluza es el satélite de la tierra), donde se revela paradójicamente la *presencia* de un mecanismo esencial de *suspensión semiótica*. De un mecanismo que permite, primero, la creación de acciones semióticas a partir de acciones a secas, y luego la definición de acciones semióticas de segundo orden a partir de otras de primer orden. De forma parecida a como en el cuento del padre Brown se identificaban el asesino y el muerto, aquí hay una identidad de base (aunque expresada en niveles semióticos cada vez más poderosos y abstractos): un mecanismo que consiste en dejar algo sin efecto, en hacer que deje de regir algo, para crear significación en el espacio vacío de lo que *no* se efectúa.

La afirmación de que hay un mecanismo subyacente común a actividades tan distantes como pedir algo extendiendo la palma de la mano, por una parte, y decir por otra –como hace García Lorca en el mismo poema ya citado– que “Granada era una corza / rosa por las veletas”, no implica negar las enormes diferencias que existen entre los procesos semióticos que se ponen en juego en uno y otro caso, ni reducir los mecanismos de creación metafórica o lúdica a otros mucho más elementales, tales como los consistentes en dejar “a medio camino” acciones simples (como empuñar o tocar) para crear los gestos de pedir o de señalar con función ostensiva. Como veremos a lo largo de este artículo, los mecanismos de suspensión semiótica, es decir, aquellos que consisten en crear formas de significado dejando sin efecto algo, se elaboran y complican extraordinariamente a lo largo de la ontogénesis humana. Sin embargo, una idea esencial es que esos mecanismos tienen una filiación común y se derivan, en último término, de otros mucho más primitivos que se ponen en juego en pautas de semiosis animal, incluso muy lejanas filogenéticamente de las formas más elaboradas de suspensión representacional o simbólica que se encuentran en el hombre.

Algunos ejemplos de suspensión semiótica

Con el fin de analizar el proceso de construcción ontogenética humana de formas de suspensión cada vez más complejas y de rastrear su origen animal, conviene que aclaremos primero, más y mejor, el concepto de suspensión. Para ello nos serviremos de un ejemplo especialmente obvio y revelador: el de los primeros símbolos enactivos, que comienzan a realizar los niños, con funciones comunicativas, hacia la mitad del segundo año de vida. En algunos trabajos anteriores (Rivière, 1984, 1990, 1992), uno de nosotros ha analizado un episodio prototípico, en que un niño de pequeño, al que llamaremos P., realiza para comunicar un deseo la siguiente secuencia de acciones:

(Obs. 1) Mientras su padre está distraído haciendo otra cosa, P. (1; 6) se acerca a él con un mechero en la mano. Trata de asegurarse la atención del padre y luego, blandiendo el mechero, lo muestra y *realiza varias veces la acción de soplar*. Como su padre no hace caso y está distraído, P. insiste y repite la secuencia de tocar la pierna de su padre, llamarle, mostrar el mechero y *soplar*. Entonces, el padre de P. *enciende* el mechero y el niño sonríe satisfecho.

Si entendemos, con Piaget (1959) y Bates (1979), que los símbolos son signos capaces de evocar significados ausentes, no percibidos o no visibles, mediante el

uso de significantes claramente diferenciados; si convenimos además en que los símbolos tienen su origen en acciones externas y observables, como insisten Wolf y Gardner (1981), tendremos que aceptar que la conducta de P. incluye un núcleo simbólico interesante: la acción de *soplar*. Al insertar esa acción en un complejo de esquemas interactivos (que incluyen mirar, tocar la pierna, decir “¡papá!”, mostrar el mechero), el niño hace un símbolo genuino, inventado por él. Asimilando el esquema simbólico de soplar con otro conjunto de esquemas, el niño se hace capaz efectivamente de representar algo ausente, *algo que quiere que suceda pero que aún no ha sucedido*. Un deseo que probablemente (y como demuestra su expresión de “haber sido entendido”) puede parafrasearse así: “¡papá: quiero jugar a encender y apagar este objeto!”. ¡Realmente no hay nada más eficaz que encender un mechero para lograr inmediatamente el amor incondicional de todos los niños de 18 meses!

Pero nos interesa detenernos aquí en una pregunta: ¿qué es lo que hace que sea simbólica la acción de soplar? Es interesante destacar que esa misma acción simple, soplar, no tiene por qué serlo. Pero volvemos a encontrarnos ante uno de esos casos en que la simplicidad es engañosa. La acción de soplar, en el ejemplo propuesto, implica un mecanismo más complejo que lo que parece y, en cierto modo, extraño. El niño no sopla para extinguir una llama, como lo haría si realizara la *acción instrumental de soplar*. De hecho, el mechero está apagado y el niño sopla para que su padre lo encienda. Se trata de un soplar peculiar, funcionalmente diferente a aquel que permite apagar el fuego. De un soplar, por así decirlo, “semiótico”, lanzado al vacío, *suspendido*; de un soplar en que se ha dejado sin efecto la función instrumental de apagar y que, precisamente por eso, toma una *función semiótica*. Al realizarse en suspenso, al aire, sin función de cambiar un estado de cosas en el mundo, adquiere la función semiótica de transmitir un significado a un intérprete. Precisamente porque soplar no apaga, en este caso, una llama inexistente, se convierte en una acción semiótica. Al desenraizarse de una de sus funciones instrumentales típicas, la acción de soplar se convierte en símbolo enactivo.

Llevarse una cucharada llena de sopa a la boca no es una acción semiótica, sino instrumental. Pero llevarla *vacía* –como si estuviera llena– es una acción simbólica. Soplar una cerilla encendida es una acción instrumental, pero puede ser una acción semiótica soplar al aire. Galopar sobre un caballo no es, en principio, una actividad simbólica, pero cabalgar sobre una escoba suele serlo, etcétera. Los símbolos enactivos y lúdicos de los niños pequeños manifiestan con especial claridad el empleo de un mecanismo semiótico que consiste en desgajar una acción de su función instrumental propia, para dar a esa acción una virtualidad representacional, signica. Aparte de los símbolos lingüísticos, el niño desarrolla un mecanismo simbólico genuino, cada vez más elaborado, y que implica dejar en suspenso la eficiencia material de las acciones y, progresivamente, las propiedades de lo real, en el caso del juego de ficción.

Estas formas de suspensión, que implican dejar sin efecto las virtualidades eficientes de acciones instrumentales o, en la medida en que se elaboran, las propiedades reales de los objetos, son específicamente humanas y relativamente tardías en la evolución ontogenética del niño (sus primeras formas elementales se encuentran hacia los 18 meses). Si nos retrotraemos a momentos anteriores del desarrollo del niño o, más allá aún, si nos remontamos filogenéticamente hasta ciertas pautas de semiosis animal, encontramos mecanismos más primitivos, pero que también implican claramente el empleo de procesos de suspensión.

Esto ya lo vio claramente Gregory Bateson (1972) y lo planteó (aunque no en los mismos términos) en un lúcido artículo en el que se inspira, en gran parte, la

noción de suspensión. El artículo, “Hacia una teoría de la fantasía y el juego”, se detenía en la consideración de ciertas formas de semiosis animal, como las que se observan en pautas de juego de los mamíferos, en que se refleja con claridad esa peculiar “epifanía por la vía de la negación”, que es una huella clara del funcionamiento del mecanismo de suspensión: “ví dos monitos *jugando* –comenta Bateson–, es decir, entregados a una secuencia de interacciones, en la cual las acciones-unidad o señales eran semejantes, pero no las mismas, a las del combate. Era evidente, aun para un observador humano, que la secuencia en su conjunto no era un combate, y era evidente para el observador humano que para los propios monitos participantes eso no era un “combate”. Ahora bien, este fenómeno, el juego, sólo podía producirse si los organismos participantes eran capaces de cierto grado de metacomunicación, es decir, de intercambiar señales que transmitieran el mensaje: ‘Esto es un juego’ ” (*op. cit.*, p. 207 de la traducción española).

Es claro que esas señales metacomunicativas, que implican una cierta capacidad de diferenciar un hecho como “puramente signico”, como “suceso semiótico”, tienen que derivarse en parte del mecanismo de suspensión de la acción. Y, en este caso, la palabra suspensión tiene un sentido muy directo: se refiere, por ejemplo, al hecho de que el mordisqueo lúdico no se lleva hasta el final; *no* es exactamente como el mordisco agónico. Es un mordisqueo a medio hacer, “suspendido”. Es, si se nos permite decirlo así, un “mordisco semiótico”. Y los mordiscos semióticos no hacen daño ni producen sangre. La dentellada profunda del perro que lucha no es igual que el mordisquillo suave, casi acariciante, suspendido, del perro que juega a luchar. Cualquiera que haya jugado a luchar con su perro sabrá con qué cuidado muerde éste su brazo, hasta qué punto es delicado el cuidado que el animal tiene en “despojar de efectos” (tales como herir y provocar sangre), en “dejar en suspenso” (como si dijéramos, “dejar sin terminar”) la dentellada hiriente para convertirla en juguetera y suave caricia con los dientes.

Resulta interesante el hecho de que, al mismo tiempo que deja en suspenso la acción eficiente de morder, el animal que juega a luchar realiza un intenso despliegue expresivo de señales que denotan aparente ferocidad. Y, en este caso, nos enfrentamos a otro racimo de paradojas misteriosas de la semiótica, que parecen dignas del padre Brown. En el aspecto semiótico-expresivo, la pelea lúdica implica un delicado equilibrio entre elementos expresivos “acentuados” y pautas de ataque “amortiguadas”. Pero además los elementos expresivos tienen una connotación peculiar, positiva por así decirlo, muy diferente de la connotación negativa que tiene la expresividad del animal que realmente lucha y ataca. La ferocidad expresiva del perro que juega a luchar es, en cierto modo, excesiva para ser real. Es una ferocidad juguetera, una “representación de ferocidad”, que paradójicamente es “demasiado feroz” para ser auténtica. Se trata de una ferocidad positiva, por así decirlo. La delectación en los elementos expresivos de ferocidad forma parte del despliegue *no-eficiente* de señales que significan: “Esto es un juego, es un mero conjunto de signos. Lo que hago denota lucha, pero no denota lo que denotaría la lucha”. Frecuentemente, los mamíferos que luchan de verdad muestran una economía expresiva mucho mayor que aquellos que juegan a luchar.

En el artículo en que analizaba estas formas de semiosis animal, Bateson (1972) hacía un fascinante análisis del enunciado –o la expresión metacomunicativa– “esto es un juego”, destacando su carácter paradójico: “este mensaje –decía– contiene aquellos elementos que necesariamente generan una paradoja del tipo Russell o Epiménides, una enunciación negativa, que contiene una metaenunciación negativa implícita. Si se la desarrolla, la enunciación “Esto es un juego” suena más o menos de la siguiente manera: ‘Las acciones a las que estamos dedicados ahora no denotan lo que *denotarían* aquellas acciones *en cuyo lugar*

están" (p. 207). Para Bateson el carácter intransitivo de la relación de denotación, en este caso (que se refleja en la paradoja de la denotación), constituiría una proyección de un proceso de diferenciación mapa-territorio o, por decirlo más claramente, de diferenciación de los signos en su calidad de tales, de extraordinaria importancia en la evolución de la semiosis animal.

Tiene un papel decisivo en esa evolución la delimitación de marcos metacomunicativos, de marcos psicológicos que implican la suspensión de la interpretación normativa de las conductas. De forma semejante a como el observador de un cuadro cuenta con un marco material que recorta su mirada, impidiendo que se extienda el proceso de definición del objeto perceptivo y estético coherente a la pared adyacente, el animal que juega a luchar con otro deja en suspenso la interpretación de las conductas del otro como realmente agresivas. Bateson, que relaciona la paradoja de la denotación con un tipo de proceso mental (el "proceso primario"), en que no se establecen discriminaciones lógicas fundamentales, señala la importancia del juego en el origen de la comunicación, al ser un paso crucial en la conciencia de las relaciones entre mapa y territorio, o entre signos y referentes: "En el proceso primario, el mapa y el territorio se identifican, en el proceso secundario pueden discriminarse. En el juego se los identifica y se los discrimina" (p. 213).

Sin embargo, los mecanismos semióticos de suspensión debieron aparecer en la filogénesis mucho antes de que se avisara cualquier clase de "proceso secundario" en el desarrollo animal del mundo mental, o cualquier atisbo de conciencia de la distinción entre signos y referentes, entre "mapas" y "territorios" en la metáfora de Bateson. Él mismo hace un comentario breve, en su artículo sobre la fantasía y el juego, que nos pone en la pista de esa idea: "La *amenaza* es otro fenómeno que se asemeja al juego, en cuanto que las acciones denotan, pero son diferentes de ellas, otras acciones. El puño cerrado que se esgrime en la amenaza es diferente del puñetazo, pero se refiere a un puñetazo futuro posible (pero que, de momento, no existe). La amenaza es fácil de reconocer también entre los mamíferos no humanos" (pp. 208-209). Ahora bien, en el caso de las expresiones de amenaza en mamíferos ya nos situamos ante un tipo de productos semióticos muy diferentes a las luchas lúdicas y rituales.

La suspensión expresiva

Hinde (1970) ha establecido una distinción simple y terminológicamente engañosa entre tres grandes tipos de semiosis animal: las *expresiones*, las *metonimias* y los *símbolos*. Las luchas rituales y lúdicas de los mamíferos son ejemplos prototípicos de metonimias. La amenaza del lobo que enseña sus dientes es, en cambio, un caso paradigmático de expresión (Darwin, 1872). En realidad, el concepto de metonimia de Hinde (tomado de la idea de aquella figura lingüística que consiste en "tomar la parte por el todo") es, parcialmente, un sinónimo de nuestro concepto de suspensión. Una de las formas de despojar a una acción de sus efectos (de *suspenderla*) consiste en iniciarla pero no terminarla, es decir, en realizarla sólo en parte. Desde este punto de vista, acciones infantiles tales como presentar la mano extendida para pedir un objeto, levantar los brazos para ser tomado en brazos, o señalar con el dedo una cosa mostrándola, son metonimias de acciones tales como tocar o empuñar. Eso lo veremos en su momento.

Lo que hace que sea terminológicamente equívoca la distinción de Hinde es el hecho de que también las emociones parecen implicar ciertos mecanismos de suspensión. En la propia obra de Darwin (1872) hay sugerencias interesantes acerca de los procesos subyacentes a las formas más elementales de suspensión semiótica que se encuentran en las emociones. Recordemos que Darwin pensaba

que el hábito de expresar los sentimientos mediante ciertos movimientos, aún cuando llegue a ser innato, habría tenido un desarrollo gradual, regido por tres principios: el Principio de los hábitos útiles asociados, el Principio de la antítesis y el Principio de las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso.

El primero de esos principios es especialmente interesante en el contexto de nuestra reflexión sobre la suspensión: sostiene que, en ciertos estados de la mente, algunas acciones son especialmente útiles para satisfacer necesidades, deseos, etcétera. Cuando una sensación ha conducido, durante muchas generaciones, a un movimiento voluntario, se creará la propensión a realizar un movimiento similar ante esa sensación u otra análoga, por muy débil que sea. Habrá una tendencia a realizar los mismos movimientos en virtud del hábito, aunque carezcan ahora de utilidad alguna. Algunas de esas acciones podrán ser reprimidas por intervención de la voluntad, pero otras, menos susceptibles a la influencia voluntaria, pervivirán, dando lugar a movimientos que tomarán valor expresivo. Es decir, la expresión de las emociones no es una proyección del funcionamiento de músculos especialmente diseñados para realizar movimientos expresivos, sino reflejo de la suspensión de acciones útiles. En este caso, que constituye el ejemplo más elemental de suspensión, el mecanismo primitivo consiste en un proceso por el que se fragmenta una conducta animal, y algunos elementos de ella perviven, tomando valor de signos para los congéneres.

A diferencia del juego, las expresiones de amenaza, por ejemplo, no tienen porqué implicar una intención semiótica en el organismo que las produce. Son también previas a la aparición de la intención comunicativa, tanto en la filogénesis animal como en la ontogénesis humana. Sí tienen que tomar, desde luego, un valor de signos “anticipatorios” para poder ser consideradas como fenómenos semióticos. Es decir, requieren un “intérprete”, no necesariamente consciente de su interpretación, que actúa en consecuencia con el valor anticipatorio de esos signos. De este modo, el mecanismo de suspensión semiótica, que ya se manifiesta con claridad en las expresiones de emoción, es muy anterior a la aparición en el mundo animal de una conciencia semiótica, que parece expresarse en cambio, de forma nítida aunque no necesariamente reflexiva ni explícita, cuando aparecen *metonimias* tales como los juguetones mordisqueos de los cachorros mamíferos o las reguladas luchas ritualizadas. Conductas mediante las que los mamíferos definen relaciones, jerarquías, prioridades en el acceso a compañía sexual y otras cuestiones de una enorme importancia social.

Hemos visto hasta aquí algunos ejemplos muy claros de suspensión semiótica: la acción de soplar al aire del niño de dieciocho meses, la de morder sin dañar del perro que juega, la de enseñar los dientes del mamífero que amenaza. Pero aún estamos muy lejos de formas muy complejas de suspensión, tales como las que se manifiestan en el juego simbólico de los niños pequeños o en las metáforas más complejas de los poetas. Entre los dientes agudos que enseña el perro que amenaza y la luna ahogada entre las yedras de García Lorca, parece haber una distancia inmensa, inaccesible –¡siempre está lejos Granada!–; una distancia que, sin embargo, recorren las crías de nuestra especie en su ontogénesis, ese proceso formidable que, entre otras muchas cosas, permite la conversión paulatina de algunos mamíferos en algunos poetas. Tenemos, así, que referirnos al desarrollo humano para comprender el paso desde las formas más simples de expresión emocional animal a las más complejas de semiosis humana.

El desarrollo inicial de los procesos humanos de suspensión semiótica

Desde hace ya varias décadas el estudio de la producción de significado en psicología evolutiva se ha ido extendiendo hacia momentos cada vez más tempranos

nos del desarrollo. Se han descrito procesos semióticos preverbales intencionales como el uso de gestos (Bates, 1979) y se ha empezado a comprender que las primeras interacciones del bebé con los adultos de su entorno, que implican procesos de armonización y sintonización que se establecen desde el momento del nacimiento (Trevarthen, 1982; Rivièrè y Sotillo, 1999), son también intercambios de naturaleza signica. La capacidad semiótica del bebé se desarrolla a modo un ritmo vertiginoso en sus primeros años de vida. Podríamos decir que en ese recorrido vertiginoso existen ciertos momentos puntuales que denotan cambios esenciales. Siendo al nacer un ser cuyas acciones son significativas para otros, aunque él no lo sepa ni lo pretenda, paulatinamente el bebé irá construyendo signos con la intención de producir significado en los otros.

Al principio, el bebé no produce intencionadamente sus signos. Simplemente, en la díada madre-niño, se produce una interacción en la cual el recién nacido, sin tener conciencia de ello, regula mediante sus expresiones emocionales conductas y estados internos de la madre. No realiza acciones que sean signicas desde su propia perspectiva mental, pero produce "signos para la madre". Signos que tienen consecuencias en el adulto (de ahí que se haya distinguido un "estadio perlocutivo", previo a cualquier intención comunicativa, en el desarrollo de la comunicación humana), sin que impliquen ninguna clase de conciencia semiótica o de intención signica en el bebé.

Es un hecho, hoy generalmente aceptado en psicología evolutiva, que los bebés cuentan, desde el nacimiento, con una dotación innata y bien diferenciada de recursos de expresión emocional, que proyectan estados internos tales como la alegría, la tristeza, la ira, el miedo, la sorpresa, el desagrado y el interés (Ekman, 1972; Ekman y Friesen, 1971; Ekman y Oster, 1979; Izard, 1971). Las capacidades expresivas de los bebés son además mucho más complejas de lo que cabría suponer desde una observación superficial. A partir de investigaciones detalladas sobre el llanto infantil, Wolf (1987), por ejemplo, ha demostrado que los neonatos presentan tres tipos fundamentales de llanto, con valores signicos bien diferenciados: 1.- Un llanto básico, regular y rítmico, generalmente asociado al hambre; 2.- un llanto de cólera; 3.- un llanto de dolor, más irregular que el básico y con tonos más agudos. Desde la tercera semana, se añade a estos patrones uno nuevo: un llanto de atención. Se ha demostrado que estos patrones de llanto tienen consecuencias claras y diferenciales en las madres (si se quiere decir así, "efectos perlocutivos") y se asocian a cambios psicofisiológicos en ellas, tales como variaciones en el ritmo cardíaco y en la conductividad dérmica, siendo más inmediatas las respuestas al llanto de dolor que al de hambre.

Las capacidades de los adultos vinculares para reconocer estados internos a partir de las expresiones emocionales parecen ser objetivamente muy altas. Pero, prescindiendo de la objetividad de sus atribuciones, lo cierto es que los adultos sitúan desde el comienzo a los bebés en un contexto de interpretaciones psicológicas de gran importancia evolutiva. Johnson *et al.* (1982), por ejemplo, han demostrado que las madres de niños de un mes creen reconocer, en un 99%, estados internos de interés, en un 95% de alegría, en un 84% de ira, en un 75% de sorpresa, en un 58% de miedo, y en un 35% de tristeza. Es interesante destacar no solo la diversidad de estados internos que reconocen los adultos sino el "sesgo positivo" de estas atribuciones (predominan estados internos positivos como el interés y la alegría sobre otros negativos, como el miedo y la tristeza).

Al otorgar sentido e intencionalidad a los signos que reciben de sus hijos, los adultos vinculares crean escenarios propicios para el desarrollo de la capacidad de generar semiosis intencionada. Algunos investigadores (Lock, 1978, y Newson, 1978) han destacado el importante papel evolutivo que pueden tener las atribu-

ciones, o incluso “sobreatribuciones” adultas de intención comunicativa en el desarrollo de pautas realmente intencionadas de comunicación en los bebés, al comenzar el último trimestre del primer año de vida. En la interpretación de estos autores, los bebés llegan a comunicarse de forma intencionada (mediante signos suspendidos o no) precisamente *porque* sus conductas han sido consideradas como intencionadas y humanamente significativas desde el inicio, cuando aún no eran producto de intenciones: “las acciones de los bebés .dice –Newson– no sólo se reflejan de forma automática en términos de sus consecuencias físicas sino que son sometidas desde el principio a un filtro subjetivo de interpretación humana, de tal forma que algunas, pero sólo *algunas*, de esas conductas son consideradas como relevantes y coherentes en términos humanos: se juzgan como movimientos que se derivan de intenciones o comunicaciones (o bien comunicaciones potenciales) dirigidas a un “otro” socialmente implicado (...) Precisamente porque las madres atribuyen sentido a las conductas de sus bebés, éstas llegan a ser significativas desde el punto de vista de los propios bebés” (1978, p. 37).

Es probable que el desarrollo de capacidades de semiosis intencionada en los bebés no sea sólo un producto social de las sobreatribuciones adultas, sino que se derive de un proceso complejo de interacción entre el organismo y el ambiente, en que también tienen un papel importante las capacidades innatas de maduración cerebral. En todo caso, resulta interesante observar *qué acciones en concreto* son las que tienden a ser interpretadas como socialmente relevantes, o como comunicativas, por parte de los adultos que rodean al bebé. Desde pocas semanas después del nacimiento, los bebés expresan con claridad patrones diferenciados de activación, atención y respuesta ante las personas y las cosas. Se han definido, por ejemplo, pautas de “pre-alcance”, consistentes en movimientos de apertura y cierre de la manos, y que tienden a ser suscitadas por objetos interesantes, frente a movimientos faciales, que incluyen por ejemplo acciones de abrir y cerrar la boca, y que han recibido el nombre de “protogestos”, que se dan preferentemente en respuesta a las personas interesantes. Son estos protogestos, sobre todo, los que tienden a ser interpretados como dotados de intención comunicativa y como pautas relevantes en cursos de interacción humana (Trevarthen, 1982).

Es evidente que los protogestos y los movimientos de prealcance son patrones expresivos *suspendidos*, que expresan un núcleo primitivo de diferenciación, muy precoz, de dos mundos diferentes en la mente del niño: un mundo físico y otro social. En su desarrollo, el bebé tendrá que descubrir posteriormente que el primero se rige por principios de causación eficiente y el segundo por principios de causación teleológica, intencional. Que sólo en éste, y no en aquel, es virtualmente eficaz la influencia semiótica. En los primeros meses de vida, no hay evidencias empíricas sólidas que permitan atribuir aún al bebé una conciencia mínima de la distinción de un mundo intencional (*vid.*, sin embargo, Premack y Premack, 1995), aunque sean numerosos los datos que indican que esa distinción es muy precoz en el desarrollo (Gelman, Durgin y Kaufman, 1995; Premack y Premack, 1995; Spelke, Phillips y Woodward, 1995) y está nítidamente establecida en los últimos meses del primer año, cuando ya han aparecido patrones de suspensión semiótica que implican formas de comunicación intencional.

La constitución de las primeras formas de comunicación intencional humana, que –como luego veremos– se basan en mecanismos de “suspensión metonímica”, implica una cierta forma primaria de conciencia semiótica, que es como decir “conciencia del otro como intérprete” o “conciencia del otro como sujeto”. Es decir, en el caso de nuestra especie al menos, la intención comunicativa (que aún no existe en el bebé de dos meses, pero sí en el de diez o doce) se corresponde con el desarrollo de formas complejas de intersubjetividad. Formas que conlle-

van, sin duda, la posesión de una cierta “noción del otro como sujeto”, y de una capacidad de suscitar intencionadamente condiciones que permiten compartir estados mentales. No olvidemos que, desde el origen mismo de la comunicación humana, aparecen pautas de relación comunicativa que no sólo tienen la finalidad de “cambiar el mundo físico a través del otro” (patrones protoimperativos), sino también la de “compartir el mundo mental *con* el otro” (patrones protodeclarativos), como está claramente demostrado al menos desde los trabajos de Bates (1976) y, mucho antes, en Stern y Stern (1909) o Bühler (1918).

Se plantea, en este caso, un tema de capital importancia para comprender el desarrollo de la semiosis humana y animal. Nos referimos al problema de la relación entre las capacidades semióticas y las competencias de atribución mentalista e intersubjetiva en el mundo animal. En éste, hay un momento decisivo en el desarrollo de la competencia de producir signos: aquel en que el organismo que los produce se hace, por así decirlo, consciente de estar produciendo una actividad meramente signica y que, por ende, no ejerce efectos materiales sobre el mundo, sino que tiene consecuencias mentales en los compañeros de interacción. Probablemente es ese el momento en que es posible empezar a hablar de un mundo de “significados” en la mente animal. El desarrollo de esta idea exige reformular, en términos interaccionistas, la noción de significado, una pretensión teórica hercúlea, pero que aún reserva muchas sorpresas. Es muy probable que, a largo plazo, sólo sea posible comprender en profundidad esa noción central de la semiótica, la noción de significado, partiendo de la idea de que *los significados son siempre productos genéticos de relaciones y no pueden comprenderse como subproductos de mentes que actúan en soledad*.

Pero los problemas que se acumulan en la mesa del investigador cuando atisba esa nueva noción de significado son enormes. Por ejemplo: es evidente que hay formas humanas de semiosis (desde los nueve o diez meses, y con una elaboración rápida en el desarrollo del niño), *pero también formas animales de semiosis*, que parecen relacionarse de forma muy íntima con una “conciencia semiótica”, con la pretensión de influir en estados internos ajenos mediante signos. Así, no parece posible la producción, ni siquiera implícita y metacomunicativa, de lo que llamaremos *el mensaje de Bateson*, a saber: “Esto es un signo, esto es un juego por ejemplo. Denota algo pero no denota lo que denotaría ese algo”, sin alguna *conciencia, aunque sea implícita, no verbal, y pre-reflexiva, de la existencia de mundos mentales en los congéneres o compañeros de interacción*, de mundos regidos por principios de causación intencional, y no meramente eficiente.

¿Existe entonces alguna clase de conciencia de ese tipo en los mamíferos que, como hemos visto, “fingen” en el juego o realizan pautas metonímicas de relación? ¿Saben implícitamente los perros que juegan que sus compañeros de juego son sus intérpretes? ¿En qué puede consistir ese saber? Y, en un sentido más teórico, ¿no implica esa idea que la constitución de un mundo de significados es, desde el inicio, una actividad intersubjetiva? ¿Qué decir entonces de los modelos “solipsistas” y agenéticos del significado, que han tenido tanta fuerza en la psicología cognitiva reciente?

En cualquier caso lo que está claro es que, en el diseño del desarrollo humano, el desarrollo de la conciencia y la habilidad semiótica se anuda, de forma inextricable, con el desarrollo de la “conciencia del otro”, de la intersubjetividad si se quiere decir así. Por eso tiene especial importancia, en ese desarrollo, la aparición, ya desde el segundo o tercer mes de vida, de patrones de interacción entre los bebés y los adultos vinculares que claramente expresan la existencia, en los primeros, de pautas de “intersubjetividad primaria”, brillantemente demostradas por Colwin Trevarthen (1982). Los complejos, y afinadamente coordinados,

intercambios de expresiones entre las madres y los bebés de dos o tres meses han sido analizados por este investigador, que llega a la conclusión de que los coparticipes de esas interacciones mantienen relaciones “protoconversacionales”, indicativas de una motivación esencial e innata de “compartir y entenderse”, por parte del bebé, y de capacidades iniciales de acceso primario, expresivamente coordinado, al mundo mental del otro en el bebé humano.

Sin embargo, estas formas primarias de intersubjetividad, que se manifiestan empíricamente en la producción, por parte del bebé, de abundantes y ajustados gestos expresivos que son “especulares o complementarios” de los de la madre (Trevarthen, *op. cit.*) no parecen implicar aún ninguna conciencia, ni siquiera implícita, del otro como sujeto, ni la existencia de una “intención comunicativa” en sentido estricto. Hasta el último trimestre del primer año de vida no se manifiestan en el niño las primeras pautas de relación intencionadamente comunicativas. Los primeros atisbos de ellas (hacia los nueve meses) inauguran una fase diferente del desarrollo, a la que Bates (1976) ha denominado “fase ilocutiva”, en la que el bebé va a desarrollar rápidamente tanto sus habilidades como sus intenciones de comunicarse. Con la aparición de las primeras pautas estrictamente comunicativas, que se manifiestan en los patrones protoimperativos y protodeclarativos de los bebés, encontramos que se produce un cambio importante y significativo en los mecanismos de suspensión. Aparecen, en el hombre, formas peculiares de suspensión metonímica que merecen un análisis detallado.

Conducta comunicativa y suspensión de contacto

En el cuarto estadio del desarrollo sensoriomotor, entre los nueve y doce meses, se producen cambios importantes en la mente del niño. En *La naissance de l'intelligence chez l'enfant*, Piaget (1936) comenta que es en ese momento del desarrollo cuando se observa la aparición de conductas verdaderamente inteligentes, y reguladas por una genuina dirección intencionada. En el caso de las relaciones con las personas, esa transformación de la conducta infantil tiene una significación especial, desde el momento en que implica la aparición de ciertas conductas de interacción que implican ya una intención comunicativa. Desde los estudios clásicos de Bates (1976), cientos de investigaciones se han dedicado a analizar, observar y comprender el fascinante desarrollo de esas primeras pautas de comunicación, que implican acciones tales como señalar con el dedo un objeto con la finalidad de compartir el interés en él, alargar el brazo con la mano extendida para obtenerlo a través de los compañeros de interacción, o levantar los brazos para ser tomado en brazos por ellos.

Se han diferenciado varias funciones comunicativas en esas primeras conductas de relación guiada por intenciones claras, que tienen los bebés. Hay dos de ellas que tienen una importancia esencial, y que han dado nombre a las pautas llamadas *protoimperativas* y *protodeclarativas* (también, “ostensivas”). Son, en realidad, los núcleos germinales de la mayor parte de las complejas y delicadas funciones ilocucionarias que el hombre cumple por medio de la comunicación. Las primeras, las pautas protoimperativas, implican intentos de lograr cambios en el mundo a través de las personas. Las segundas, las protodeclarativas, parecen tener una intención por así decirlo más “desinteresada” y genuinamente social: parecen buscar compartir la atención y el interés por los estados del mundo. Así, cuando un bebé levanta sus brazos para ser tomado en brazos, realiza un gesto protoimperativo. Cuando muestra a la madre un objeto atractivo, señalándolo con el dedo, sin otra finalidad que compartir el interés por el objeto, hace un gesto protodeclarativo.

Una idea semióticamente profunda es la siguiente: la intención comunicativa de los gestos protoimperativos (cuya finalidad es pedir) se satisface en la medida en que se producen los cambios en el mundo que pretenden. Pero, en rigor, la intención comunicativa de las pautas ostensivas, sólo se satisface en la mente de los otros y en la medida en que se producen en ella procesos que implican compartir intersubjetivamente intereses. Dicho de un modo simple, pero muy claro: los protoimperativos buscan, en último término, cambiar el mundo físico (o pretenden hacerlo), los protodeclarativos el mental. Ello implica también la idea de que los requisitos intersubjetivos necesarios para la producción de conductas ostensivas son mucho más exigentes que los necesarios para las conductas protoimperativas. No es extraño así que las personas con espectro autista tengan muchas más dificultades para desarrollar funciones ostensivas que para adquirir, por aprendizaje, funciones imperativas (Curcio, 1978; Rivière, 1997; Wetherby, 1986).

Parece evidente en efecto que, para el desarrollo de pautas protodeclarativas de comunicación, se requiere un cierto grado de elaboración consciente y conceptual de la intersubjetividad primaria de que hablábamos en el apartado anterior. Ya no basta con que el niño sea capaz de compartir, sin mediaciones conceptuales, estados emocionales a través del intercambio de gestos expresivos. Es necesario que tenga alguna clase de noción de primer orden de que el otro es un sujeto (si se quiere decir así, una “percepción”, cuando menos, del otro como sujeto). Es decir, un intérprete, un ser dotado de una cierta interioridad mental. Sólo así puede explicarse que trate de compartir con el otro la atención y el interés por los objetos. El hecho de que las pautas protodeclarativas sean específicas del hombre, y no se encuentren ni siquiera en los mamíferos filogenéticamente más cercanos a él, parece ir en contra de nuestra sospecha anterior de la existencia de alguna clase de conciencia semiótica en animales no humanos, pues parece indudable que la noción de conciencia semiótica (aunque ésta no sea explícita sino implícita) es correlativa a la de *intersubjetividad secundaria*. Es decir, a la de una forma de intersubjetividad, que se desarrolla desde los ocho o nueve meses de forma rápida (Trevarthen y Hubley, 1978).

Cuando nos enfrentamos al problema de explicar la génesis de esas pautas protoimperativas o protodeclarativas, tales como señalar con el dedo cosas interesantes, pedir con la mano extendida algo o solicitar ser tomado en brazos ajenos extendiendo los propios, nos encontramos con claridad ante nuestro ubicuo compañero: el concepto de suspensión. Al fin y al cabo, esos gestos para pedir y mostrar no son sino tipos peculiares de metonimias animales. Es decir, implican el empleo de los mecanismos de suspensión, de “dejar sin efecto algo”, que consisten en tomar la parte por el todo. En realizar sólo una parte de una conducta total, dejándola iniciada, “en el aire”. ¿Qué conductas “totales” deja en el aire el niño cuando apunta con el dedo a un juguete, mientras mira alternativamente a éste y a la madre, o cuando lo pide, extendiendo el brazo y la mano hacia él? En un lúcido análisis de la “Internalización de las funciones superiores”, Lev Vygotski (1930; ed. esp. de 1979) anticipaba genialmente la idea de que los primeros gestos comunicativos del niño resultan de la suspensión de acciones tales como empuñar o tocar las cosas. El lector perdonará que incluyamos una larga cita de Vygotski, en que se formula con toda claridad la idea de suspensión y de la génesis de los gestos comunicativos en acciones que no lo son en origen

“Llamamos *internalización* –dice Vygotski– a la reconstrucción interna de una operación externa. Un buen ejemplo de este proceso podríamos hallarlo en el desarrollo del gesto de señalar. Al principio, este ademán no es más que un intento fallido de alcanzar algo, un movimiento dirigido hacia un cierto objeto

que designa la actividad futura. El niño intenta alcanzar un objeto situado fuera de su alcance; sus manos tendidas hacia ese objeto, permanecen *suspendidas* –el subrayado es nuestro– en el aire. Sus dedos se mueven como si quisieran agarrar algo (...). Cuando acude la madre en ayuda del pequeño y se da cuenta de que su movimiento está indicando algo, la situación cambia radicalmente. El hecho de señalar se convierte en un gesto para los demás. El fracasado intento del niño engendra una reacción, no del objeto que desea, sino *de otra persona*. Por consiguiente, el significado primario de este fracasado movimiento de apoderarse de algo queda establecido por los demás. Únicamente más tarde, cuando el niño es capaz de relacionar su fallido movimiento de agarrar con la situación objetiva como un todo, comienza a interpretar dicho movimiento como acto de señalar. En esta coyuntura, se produce un cambio en la función del movimiento: de un movimiento orientado hacia un objeto se convierte en un movimiento dirigido a otra persona, en un medio de establecer relaciones. *El movimiento de asir se transforma en el acto de señalar*” (1930, p. 93 en la edición española de 1979).

Con independencia de que sea o no correcta la hipótesis de que es el intento “fracasado” y reinterpretado por el adulto el que “fija” la suspensión como fenómeno semiótico, al ser comprendida la secuencia completa por el niño, lo cierto es que Vygotski se convierte, en esta cita, en otro ilustre precursor de la idea de que un mecanismo básico de semiosis es el que consiste en dejar en suspenso un movimiento o una acción, sustituyendo su virtualidad efectiva por un valor sígnico. Además, intuye muy perspicazmente una idea poderosísima: la de que todo ese proceso es un componente genético esencial de los importantes procesos de internalización que se llevan a cabo en el desarrollo humano. Y menciona, a nuestro entender correctamente, un ejemplo claro de una de las “fuentes” o acciones-origen que se dejan en suspenso característicamente en los primeros gestos comunicativos intencionales de los niños pequeños: “el movimiento de asir”.

Creemos, en efecto, que los primeros gestos comunicativos de los niños pequeños se derivan de ciertos tipos de acciones, como el movimiento de asir, a las que daremos el nombre de *pre-acciones*. Las llamamos así porque se trata de acciones, tales como empuñar, agarrar, asir o tocar, que normalmente son condiciones de posibilidad para otras acciones. No son propiamente acciones instrumentales, sino condiciones o requisitos para que se realicen esquemas sensorio-motores simples o esquemas instrumentales. Así normalmente los niños no cogen o tocan un objeto porque sí, sino que lo hacen para llevarlo a la boca, sacudirlo, restregarlo o emplearlo con fines instrumentales. En definitiva, la tesis que sostenemos es que las primeras pautas comunicativas intencionales se producen mediante el mecanismo semiótico de suspensión de preacciones (como asir o tocar). Diremos en este caso que la fuente de suspensión es una preacción y el producto semiótico es un gesto comunicativo, un signo que aún no tiene carácter simbólico (y un buen reflejo de ello es que no puede remitir a objetos ausentes. ¡No se puede señalar lo ausente estirando el dedo índice, ni pedirlo presentando una mano extendida!).

Se ha discutido mucho qué tipo de preacciones podrían constituir las fuentes de las que se derivaría por suspensión el gesto de señalar, muy prototípico del hombre y muy ligado a su específica función comunicativa de proto / declarar. En los años setenta y ochenta, se aceptaba generalmente la génesis propuesta por Vygotski, según la cual esquemas pragmáticos no comunicativos se convertirían en signos, al ser “intervenidos” interactivamente por los adultos (Lock, 1980; Clark, 1978). Pero ya en los años sesenta, Werner y Kaplan (1963) habían afirmado que el origen del gesto de señalar no se encuentra en el acto de alcanzar un

objeto (un acto ligado al mundo pragmático de la acción), sino en el acto de tocarlo, más relacionado con el mundo de los objetos contemplados o explorados. Bates retomó esa idea en su trabajo clásico sobre la génesis de la comunicación en el niño (Bates, 1976). Pero, con independencia del carácter “pragmático” o “contemplativo” de los actos, lo cierto es que se aceptaba generalmente la idea de que el origen de señalar reside, en nuestra terminología, en la suspensión metonímica de preacciones. También se ha implicado un mecanismo de imitación (Kaye, 1982; Carpenter, Nagell y Tomasello, 1998) en el origen del señalar. Para complicar aún más las cosas, Butterworth (1998), aun aceptando la idea de que el gesto de señalar se deriva del acto de asir, defiende que el proceso por el que se produce esa derivación no es el de suspensión, o ritualización, sino el proceso de antítesis propuesto por Darwin (1872)

Notas

¹ Este es un trabajo que quedó inconcluso como consecuencia de la súbita muerte de Ángel Rivière, publicándose interrumpido, tal como entonces quedó. Aparece aquí por primera vez en su versión castellana original. Una versión italiana de este mismo trabajo, a la que se agregó la bibliografía que aquí se incluye, apareció bajo el título de Rivière, A. y Español, S (2002). *La sospensione come meccanismo di creazione semiotica*. En G. Padovani y F. Braga Illa (Eds.) *Rappresentazione e teorie della mente* (pp. 1-24). Parma: Monte Università Parma Editore.

Referencias

- BATES, E. (1976). *Language and Context: The acquisition of pragmatics*. Nueva York: Academic Press.
- BATES, E. (1979). *The emergence of symbols: Cognition and communication in infancy*. Nueva York: Academic Press.
- BATESON, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind*. Aylesbury: Chandler. (V.O.: Bateson, G. A theory of play in fantasy. *A.P.A. Psychiatric Research Reports*, 2, 1955).
- BÜHLER, K. (1918). *Die geistige Entwicklung der Kinder*. Leipzig: Hirzel. [Trad. cast. (de la 6ª ed. alemana) de Rosario Fuentes: *El desarrollo espiritual del niño*. Madrid: Espasa Calpe, 1934].
- BUTTERWORTH, G. (1998). Origins of social visual attention in infancy. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 225, 63 (4), 144-166.
- CARPENTER, M., NAGELL, K. & TOMASELLO, M. (1998). Social cognition, joint attention, and communicative competence from 9 to 15 months of age. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 225, 63 (4).
- CLARK, R. A. (1978). The transition from action to gesture. En A. Lock (Ed.), *Action, gesture and symbol: the emergence of language* (pp. 231-257). Londres: Academic Press.
- CURCIO, F. (1978). Sensorimotor functioning and communication in mute autistic Children. *Journal of Autism and Childhood Schizophrenia*, 8, 281-92.
- DARWIN, CH. (1872/1998). *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza.
- EKMAN, P. (1972). Universal and Cultural Differences in Facial Expressions of Emotion. En J. K. Cole (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation*, 1971. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- EKMAN, P. & FRIESEN, W. (1971). Constants across cultures in the face and emotions. *Journal of Personality and Social Structure*, 17, 124-129.
- EKMAN, P. & OSTER, H. (1979). Facial expressions of emotion. *Annual Review of Psychology*, 30, 527-554.
- GELMAN, R., DURGIN, F. & KAUFMAN, L. (1995). Distinguishing between animates and inanimates: Not by motion alone En D. Sperber, D. Premack & A. J. Premack (Eds.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate*. Symposia of the Fyssen Foundation (pp.150-184). Nueva York: Clarendon Press/Oxford University Press.
- HINDE, R. A. (1970). *Biological basis for human communication*. Nueva York: McGraw-Hill. (Trad. cast.: *Bases biológicas de la conducta social humana*. Madrid, Siglo XXI, 1997).
- IZARD, C. E. (1971). *The face of emotion*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- KAYE, K. (1982). *The Mental and social life of babies*. How parents create persons. Chicago. The University of Chicago Press (Trad. cast.: *La vida mental y social del bebé*. Barcelona: Paidós 1986).
- LOCK, A. (1978). The emergence of language. En A. Lock (Ed.), *Action, gesture and symbol: the emergence of language* (pp. 3-18). Londres: Academic Press.
- LOCK, A. (1980). *The guided reinvention of language*. Londres: Academic Press.
- NEWSON, J. (1978). Dialogue and development. En A. Lock (Ed.), *Action, gesture and symbol: the emergence of language* (pp. 31-43). Londres: Academic Press.
- PIAGET, J. (1936). *La naissance de l'intelligence chez l'enfant*. Paris: Delachaux et Niestlé. (Trad. Cast.: El nacimiento de la inteligencia en el niño. Madrid: Aguilar, 1969).
- PIAGET, J. (1959). *La formation du symbole chez l'enfant: Imitation, jeu et rêve. Image et représentation*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé (Primer edición 1945) (Trad. cast.: *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. Imagen y representación*. México. Fondo de Cultura Económica).
- PREMACK, D. & PREMACK, A. J. (1995). Intention as psychological cause. En D. Sperber, D. Premack & A. J. Premack (Eds.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate*. Symposia of the Fyssen Foundation (pp. 185-199). Nueva York: Clarendon Press/Oxford University Press.

- RIVIÈRE, A. (1984). Acción e interacción en el origen del símbolo. En J. Palacios, A. Marchesi & M. Carretero (Comps.), *Psicología Evolutiva. Vol 2. Desarrollo cognitivo y social del niño* (pp. 145-174). Madrid: Alianza.
- RIVIÈRE, A. (1990). Origen y desarrollo de la función simbólica en el niño. En J. Palacios, A. Marchesi & C. Coll (Comps.), *Desarrollo psicológico y educación* (pp. 113-130). Madrid: Alianza.
- RIVIÈRE, A. (1992). Lenguaje y símbolos: la dimensión funcional. En M. Belinchón, J. M. Igoa & A. Rivière, *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría* (pp.181-234). Madrid: Trotta.
- RIVIÈRE, A. (1997). Teoria della mente e metarappresentazione. En F. Braga Illa. (Ed.), *Livelli di rappresentazione* (351-410). Urbino: Quattro venti.
- RIVIÈRE, A. & SOTILLO, M. (1999). Comunicazione, sospensione e semiosi umana: le origini della pratica e della comprensione Enterpersonali. *Ricerche di sociologia e psicologia della comunicazione, 1*, 45-76.
- SPELKE, E. S., PHILLIPS, A. & WOODWARD A. L. (1995). Infants' knowledge of object motion and human action En D. Sperber, D. Premack & A. J. Premack (Eds.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate*. Symposia of the Fyssen Foundation (pp.44-78). Nueva York: Clarendon Press/Oxford University Press.
- STERN, C. & STERN, W. (1909/1931). *Monographien über die seelische Entwicklung des Kindes*. Vol 2: *Erinnerung, Aussage und Lüge in der ersten Kindheit*. Leipzig: Barth.
- TREVARTHEN, C. (1982). The primary motives for cooperative understanding. En G. Butterworth & P. Light (Eds.), *Social Cognition: Studies of the development of understanding* (pp. 77-109). Brighton: Harvester.
- TREVARTHEN, C. & HUBLEY, P. (1978). Secondary intersubjectivity: confidence, confiding and acts of meaning En the first year. En A. Lock (Ed.), *Action, gesture and symbol: the emergence of language* (pp. 183-229). Londres: Academic Press.
- VYGOTSKI, L. (1930/1979). *El desarrollo de los procesos psíquicos superiores*. Barcelona: Grijalbo.
- WERNER, H. & KAPLAN, B. (1963/1984). *Symbol formation*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Inc.
- WETHERBY, A. M. (1986). Ontogeny of communicative functions in autism. *Journal of Autism and Developmental Disorders, 16*, 295-316.
- WOLF, D. & GARDNER, H. (1981). On the structure of early symbolisation. En R. L. Schiefelbusch & D. D. Bricker (Eds.), *Early language: Acquisition and intervention* (pp. 287-327). Baltimore: University Park Press.
- WOLFF, P. H. (1987). *The Development of Behavioral States and the expression of Emotions in Early Infancy: New Proposals for Investigation*. Chicago: University of Chicago Press.